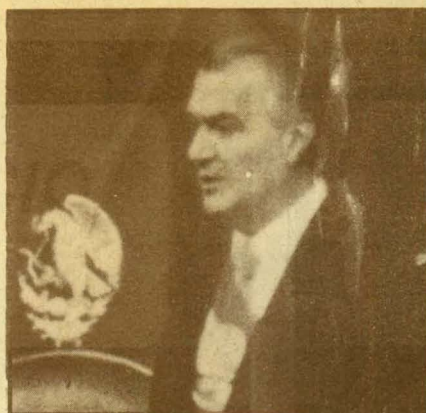


IV Informe

4-SEPT-1986



Presidente De la Madrid... La inflación el gran enemigo.

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



No se ha dado el caso, en la historia reciente de México, de que el tono de un informe sea pesimista. Por principio, los presidentes de la República rehuyen, por un lado, la aceptación de que la realidad es reacia a ser moldeada como lo prevén sus programas, y por otro lado a admitir que las condiciones futuras son agobiantes. Es previsible, por tanto, que tampoco el IV informe del presidente De la Madrid, que será rendido el próximo lunes, incurrirá en ninguna de esas dos situaciones, aunque el panorama a que se enfrenta su administración, y el país entero, no es para suscitar optimismo en el espíritu más entusiasta.

El balance que ofrezca el Presidente en el terreno económico será el más desalentador, a menos que se recurra

a la técnica de sólo "ver lo bueno", prefigurada en la campaña que el gobierno atribuyó, no sin sarcasmo, al Congreso del Trabajo, cuyos integrantes se enteraron al verla aparecer en los medios, de que todo nos va muy bien. Es verdad que sería absurdo negar que mucho se ha hecho. Pero eso ocurre hasta por inercia. La tarea necesaria del gobierno, en el año político, era derrotar las tendencias negativas que afectan adversamente la estructura económica. Y en eso no nos ha ido muy bien.

La inflación, el gran enemigo, se ha impuesto a las medidas destinadas a enfrentarla, si bien ha de decirse que en esa batalla ha sido eficaz la quinta columna, es decir, acciones favorables a la inflación dictadas en el seno del propio gobierno encargado de batirla. Durante los primeros años de este sexenio, se formuló el sofisma de asegurar que el verdadero triunfo gubernamental consistía en haber evitado la hiperinflación. Y se nos ponían los extravagantes ejemplos de Bolivia y de Argentina para que mirándonos en ese espejo nos contentáramos con nuestra suerte. Ahora ese espejismo ya no funcionará.

Sólo milagros de manipulación estadística permitirían ocultar que en 1986 la inflación subrepasaré el límite psicológico de ciento por ciento. Claro que es posible hallar explicaciones plausibles para solicitar al público disculpas porque la tasa inflacionaria resulte más del doble de la prevista, que era de un irreal 45 por ciento. Pero aun si se recurriera a un artificio matemático para encontrar un índice menor, eso no bastaría para poner en el ánimo de los consumidores un dato distinto del que padecen cotidianamente y que consiste en que los precios — uno de los componentes de la inflación, cuando crecen — se han disparado hasta las nubes.

Si el combate a la inflación arrojara ese resultado adverso porque hubiera dejado de ser prioritario a fin de dejar esa condición a otras metas, y en ellas se anunciaran mejores resultados este primero de septiembre, hasta podríamos aplaudir. Pero no es así. En ninguno de los frentes en que tiene que actuar el gobierno en materia económica hay algo bueno que decir. Las relaciones económicas con el exterior están marcadas, en el mejor de los casos, por el signo de la incertidumbre. El mercado petrolero no alcanza a repuntar, y hasta hemos tenido que disminuir nuestra producción, para no malbaratar el crudo que somos capaces de poner en el mercado. La negociación acerca de la deuda, que incluyó el relevo del secretario encargado de realizarla, ha tenido episodios espectaculares, como la propia renuncia de Silva Herzog y el ad-

venimiento de Petricioli, así como la firma de la carta de intención dirigida al Fondo Monetario Internacional y la atribución de algunos créditos a nuestro empobrecido país. Pero tal negociación no se ha concluido todavía, y si en los pasos ya dados el balance no favorece las mejores intenciones con que fue emprendida, lo que todavía falta por amarrarse no parece que mejorará el panorama, sino al contrario.

Los mexicanos que aún tienen empleo, ven disminuir cada día sus ingresos. Eso, claro, si forman parte de la inmensa mayoría. Porque un puñado de rentistas y de especuladores han sido premiados con libérrima generosidad por el gobierno, a costa de sus propios apremios, porque esos rentistas y especuladores tienen en la administración a su más grande y cumplido deudor. Mientras las entradas, y sus consumos, de estas personas se han multiplicado como si todos estuviéramos en la mayor prosperidad, crece el ejército de los desempleados, no sólo compuesto por jóvenes que no hallan plazas dónde emplearse, sino aun por aquellos que habiendo tenido un lugar para ganarse el pan lo están perdiendo a una tasa velocísima.

El balance en lo político no será menos desfavorable a los propósitos del gobierno. El año pasado, al referirse a los comicios federales ocurridos en 1985, el Presidente empleó tintas claras para trazar el cuadro de un fenómeno que había dejado visiones sombrías no sólo a la oposición, sino a un gran número de mexicanos. Ahora se puede adivinar una mayor desavenencia entre los puntos de vista gubernamentales y los de gran parte de la ciudadanía en el terreno electoral. El gobierno quiso emprender una consulta destinada a eliminar algunos obstáculos en el funcionamiento del sistema de partidos y en sus posibilidades electorales, así como a establecer bases mínimas para la participación ciudadana en el gobierno del Distrito Federal. Pero la ronda de ponencias e interrogatorios sobre esos temas resultó nublada por la gran discusión, que adquirió perfiles internacionales, sobre las elecciones en varias entidades, principalmente Chihuahua. A ese propósito, el informe tendrá que pesar las palabras con que lo aborde, pues si no se le confiere la importancia debida y se le trata como un asunto de rutina, la credibilidad de ese rito presidencial de cada año disminuirá de manera irremediable.

Así como en materia económica se nos quiere hacer admisible el maximalismo de que evitar la quiebra del aparato productivo es logro del gobierno, en temas políticos se aduce que la preservación de las libertades y de las instituciones, a pesar de todo debe anotarse como el principal renglón en el haber gubernamental. Pase. Pero no olvidemos que así como el bienestar de la mayoría constituye el gran parámetro para medir la eficacia de un gobierno en el orden material, en el político lo es la sensación de libertad y seguridad que la mayor parte de los ciudadanos experimenten (se ilustra esa circunstancia diciendo que en una democracia, cuando llaman a la puerta a las cinco de la mañana los habitantes de la casa saben que se trata del lechero, y no de la policía que viene a arrestar a alguien, o de un grupo paramilitar que viene a algo peor). Y no ha crecido, es indudable, tal sensación entre los mexicanos.

En política exterior, finalmente, que ha solido ser el tema más fructuoso en los informes de los últimos cuatro o cinco presidentes, tampoco habrá en esta oportunidad demasiados motivos de alivio, ya no digamos de orgullo. Nuestra carta principal, la actitud mexicana ante Centroamérica, instrumentada a través del grupo Contadora, parece ya no haberse jugado en los meses recientes. Ya casi se ha decretado su fallecimiento. Mientras tanto, una nueva diplomacia, la del GATT, cobra nueva vigencia.

No hay buenas noticias, pues.